

2° COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO 1922-2012

*Mesa 5. “La novela corta de entre siglos (1990-2010)”
Miércoles 14 de noviembre, 18:30 horas*

LAMPA VIDA, DE DANIEL SADA

MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO
Universidad Nacional Autónoma de México

En 1999, Daniel Sada (1953-2011) publicó *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*. Esa novela marcó un antes en la producción literaria del autor. Un período en el que es notable la constancia estética, la búsqueda y confirmación de un estilo. Aquella obra fue la apoteosis de una escritura y de un modo de hacer literatura. Arribar a tal resultado implicó para el autor adentrarse en los vaivenes de los géneros: el cuento, la novela corta, la novela en sí. En la destreza de la escritura de ese momento, Sada presentó una visión de mundo, una espacialidad en la que ocurren sus historias (la zona norte de México) y la intención de crear un cosmos distante de lo producido en el centro del país.

Mi propuesta es que antes de 1999, Sada escribió novela breve casi como una práctica que lo llevaría a crear, varios años después, su insuperable, colosal y ya mencionada *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*. Es en ese contexto en el que es necesario estudiar *Lampa vida* (1980), novela corta y primera obra del autor. De hecho, a la distancia destaca la forma seleccionada para ficcionar, la elección de un género sutil, específico en varios sentidos, pero a la vez con posibilidades para desplegar historias con el

rigor necesario. *Lampa vida* y *Una de dos* (1994) son representativas de ese primer período lleno de audacia creativa en el que la brevedad se convirtió en el sostén de una *praxis* incuestionable. Ambas obras cuentan una sola historia, presentan a los protagonistas en una concreta secuencia narrativa, se mantienen en un espacio único y poseen un efecto dramático. Con ello, el peso del lenguaje provocará que el lector esté colocado frente a una idea del género, la novela breve como un soporte instrumental del desbordamiento de la escritura; la conciencia de que el arte de escribir radica en la forma.

Las cualidades de la novela corta funcionan en el entramado narrativo desarrollado, y Sada lleva a los límites un discurso con una riqueza en los modos de expresión que requiere un lector dispuesto a establecer el pacto comunicativo. Como proyecto, el escritor supo configurar, desde la búsqueda narrativa y una exploración lingüística detallada, un universo más allá de etiquetas y reducciones ajenas a lo que se propuso. No extraña por ello su posición con respecto al lector de su narrativa: “[...] exijo que se me lea casi frase por frase, algo que no puedo exigirle a cualquier tipo de lector [...] Escribo para lectores ideales, prefigurados en mi literatura” (M. Solares, *La Jornada Semanal*, 27-XI-1994). Este rasgo, y las especificidades de la *nouvelle* (“marcar un ritmo, una cadencia que utilice y hasta propicie las detenciones en la lectura, para luego volver a ella tal vez con otro ánimo”, L. A. Ramos, "Notas largas para novelas cortas", <http://www.lanovelacorta.com/1872-1922/nlpnclar.php>) subyacen ya, intrínsecamente, en *Lampa vida*.

La posición de Sada con respecto al lector de su obra siempre fue clara y contundente. En tal sentido es comprensible el modo en que comienza *Lampa vida*; no cualquiera se atreve a continuar con una lectura desafiante en sí misma. No se contrapone al género elegido para contar la historia, pero es cierto que el inicio es desconcertante por el regodeo del lenguaje:

Un filetazo en las sienes de diez polos de nube. Un sapo a punto de saltar. Un pajarete de chebol sonando su descartonado vuelo. En derredor la noche con viento de murmullo y ánima que se pierde en la montaña, así para pesar en aquel sitio dado a lo inhóspito donde el Hugo Retes y la Lola Tuñín establecían los miramientos, donde limbos recientes dejaban en agrio el caminar del corazón (11).

Desde este momento se instaura un tono, un ritmo, una intensa aplicación lingüística, una inquietante construcción verbal sostenida en toda la novela. En *Lampa vida* se narra la historia de Hugo Retes y Lola Tuñín; él, un payaso fracasado que viaja de un lado a otro, y que ha seducido y raptado a Lola; ella, una mujer pueblerina. La historia cuenta los avatares de la pareja mientras huyen en busca de un destino. El epígrafe de la obra es más que sugerente: “Existen los que han nacido para vivir y los que han nacido para amar”. Lo que leemos es el recorrido de los protagonistas por diferentes lugares con la aparición esporádica de personajes secundarios con los que se relacionan.

Ese constante viaje construye las características de Hugo y Lola, su manera de actuar y de pensar frente a lo que están viviendo. En ningún momento se pierde la línea argumental cargada una y otra vez de imágenes que colocan la novela en un nivel de barroquismo intencional, de implosión discursiva con la cual el lector reconstruye el espacio y se interna a las cualidades y pensamientos de los actores de la obra. Las descripciones, la atmósfera y por supuesto las intenciones de los protagonistas están supeditadas al narrador principal, quien tiene un control absoluto sobre lo contado.

En ese aspecto, los registros de escritura están puestos de manera precisa y exacta. Todo el amplio vocabulario que se relaciona con la zona norte de México está seleccionado para crear un efecto acorde con el estilo elegido: "Un clima de vislumbres daba forma a la casa. Caído en el paular era el silencio un estampado de mano luminosa: negros lindes,

vestigios, como despuntes de alta guarnición fugando en aguas; agorzomado aire y desierto extendido, acaso unas figuras de pañuza -lejos, como añorada suerte-, flotar o aparecer, siempre en esa agonía de sombras flojas; y el algo que se eleva como un fuego esparcido [...]" (19). Palabras como paular, agorzomado, pañuza, revierten un estilo lineal y configuran un espectro narrativo que se ajusta, con todo lo churrigueresco que puede tener esta escritura, a un formato como el de la novela corta.

Lampa vida está dividida en cinco apartados no numerados que puede distinguir el lector a partir de los espacios vacíos y los momentos de la historia. De hecho, toda la novela está construida con párrafos de diferente extensión separados por dos espacios dobles. Evidentemente esto influye en la lectura en varios sentidos: permite distinguir los acontecimientos contados, hacer las pausas impuestas por los vacíos, percibir la acumulación del discurso propuesto a través del léxico y la puntuación, aspecto que da la sensación de ascenso en el plano de la expresión, pero que también hace notar, ya a nivel de la trama, los momentos en que el narrador cede la voz a otros personajes o al mismo Retes.

El armado en sí de la novela crea un universo sugerente apoyado por el atinado uso del narrador y sus descripciones:

Era por la mañana. El campo abierto, sofocado entre las transparencias, de enteras parsimonias, afinaba matices desdibujando alturas. Serenos, durante la travesía, sin arrequives vagos de creencias el Retes y la Lola encaminaban. Seguros, ajenos de posibles custodias, y aún con especulaciones. Era el recomenzar, fogoso, retozando entre variados tonos: en boruscos candentes y atractivos de imaginar la paz... Ah, nacía la incertidumbre hendida a vuelta y sajo, entre la extremidad del horizonte, tibia, persuasiva, forjada, a la deriva de lo relucido (69-70).

Como se ve en este ejemplo, se impone un ritmo adecuado a lo que se describe, con un uso de la puntuación que Daniel Sada llevará hasta sus últimas consecuencias en otras obras de su autoría, sobre todo en cuanto a los dos puntos se refiere.

No obstante, para crear aún un mejor equilibrio y no hundir al lector en un despliegue de sagacidad escritural, que desfiguraría la práctica lectora de una novela breve, desde los inicios de la obra aparece el mismo Hugo Retes contando algunos aspectos de su vida. Incluso, en momentos, lo dicho por Retes está en cursivas y siempre con la carga del yo: "*En cierta vez yo conocí a un payaso*" (33); "*Luego de haber enterrado al payaso mayor regresé triste a Camoatí. Yo debía continuar en las funciones*" (47). El vaivén entre los narradores se distingue sutilmente y lleva al lector a descubrimientos que se relacionan con la vida pasada del protagonista.

Si bien es poco lo presentado por el narrador Retes, es suficiente para establecer ciertas pausas al ritmo embalado por algunas escenas que se describen a lo largo de la nouvelle: la huida de Retes y Lola, la actuaciones de Retes como payaso, las dudas de la misma Lola, los comentarios de otros personajes sobre la pareja, el lugar de Camoatí, siempre presente. Este último importante, aunque sólo es la referencia sobre la cual se desarrollará la historia de ambos protagonistas.

De cualquier modo, no hay duda que toda la experiencia estética de *Lampa vida* está puesta en el lenguaje, en ese discurso que como sabemos se ubica entre lo concreto y lo abstracto, entre la cotidianidad y lo imaginativo. Es ahí donde radica el valor de la novela con todo y sus reminiscencias a Joyce, Proust o Guimarães Rosa. Un lenguaje que transgrede la norma, lo impuesto, que quiere deslumbrar haciendo de los personajes y el contenido pura apariencia, porque de lo que se trata es de vivir el momento de *lo posible*, de lo no dicho, de lo que puede ser. Por eso el lector se entretiene en cada avance de la lectura. De ahí la maestría de Sada y también *la posible cautela* de los lectores que intentan adentrarse en las profundidades estéticas del autor.

La primera obra de Daniel Sada fue una apertura a un mundo que poco a poco mostró los espacios del norte de México, en concreto los que tiene que ver con Coahuila. Insisto que la práctica de la novela corta por parte de este autor fue, visto a la distancia, una constante preparación para aterrizar en una novela totalizadora, tremendamente literaria, descomunal y lo mejor, ni duda cabe y con todos los riesgos, de lo escrito por Sada: *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*.